

# LAS TRABAJADORAS Y BATALLADORAS HORMIGAS



El castor ni la abeja se pueden comparar a la hormiga en su organización cooperativa. Son los animales que en esto más se parecen al hombre, y como éstos, son los más guerreros del mundo inferior. Las hormigas son grandes batalladoras, y si estudiamos las causas que les impulsan a librar esas batallas campales, en las que un bando queda por completo deshecho, encontramos que es la misma que impulsa a los hombres a declarar la guerra: la avaricia, el terrible deseo de apoderarse de lo que tienen los otros, sobre todo si los otros son más débiles. Los hombres han demostrado esto con harta frecuencia, y no vamos a exigir a los insectos sentimientos más altruistas que a los humanos.

Entre las hormigas sólo las reinas son las que fundan nuevas colonias. Las trabajadoras u obreras, desprovistas de alas, por mucho que se alejen del hormiguero, regresan siempre al hogar donde nacieron. Su misión es construir un lugar habitable, servir a sus múltiples reinas y princesas, cuidar de las nuevas generaciones y trabajar constantemente por el bienestar de la tribu. En los hormigueros, contra lo que sucede con las abejas y avispas, hay muchas reinas o hembras que viven amistosamente, pero al cabo de algún tiempo, nacen otras princesas aladas y acaban por reconocer que son demasiadas, que la autoridad está muy dividida y que no hay bastantes hormigas obreras para servir a tanta reina. Entonces las nuevas princesas emprenden el vuelo seguidas de sus adoradores, también alados, pero éstos no son más que amantes; necesita de obreros y entonces se decide a fundar una colonia y busca lugar a propósito para ello, pero no siempre acertada, pues puede dar en el nido de un pico carpintero, encontrar con un pájaro que la devore, o perecer entre los múltiples enemigos que la acechan y persiguen.

Si se libra de todos esos peligros y encuentra un lugar seguro, entonces las nuevas princesas comprenden el vuelo seguidas de sus adoradores, también alados, pero éstos no son más que amantes; necesita de obreros y entonces se decide a fundar una colonia y busca lugar a propósito para ello, pero no siempre acertada, pues puede dar en el nido de un pico carpintero, encontrar con un pájaro que la devore, o perecer entre los múltiples enemigos que la acechan y persiguen.

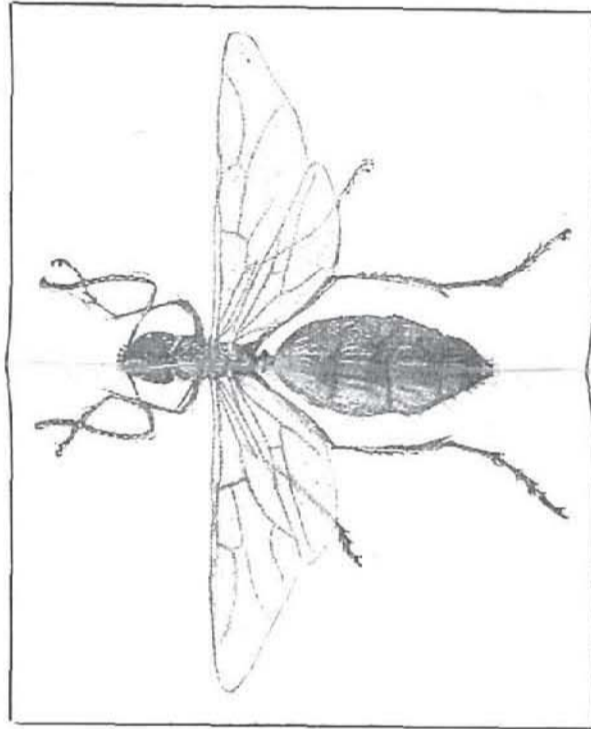
a propósito donde establecer su colonia se mete allí seguida del elegido de su corazón, el príncipe consorte. En aquel agujero es la reina, pero sin subditos. Entonces empieza por limpiar el local, que puede ser el nido de un ratón de los campos; se prepara su cámara, pone varios huevos, nacen nuevas hormigas, y ella las cuida con ternura. En menos de dos semanas estas crías son ya seres adultos.

En el momento en que pueden utilizar sus patas, sus mandíbulas y sus antenas se ponen a trabajar, imponiéndose cada una un deber, sin que nadie se lo ordene. De algunos de los huevos nacen princesas, que luego serán otras tantas reinas, que no tienen más misión sino poner huevos, de manera que antes de medianoche del verano, la colonia ha llegado a tener miles de habitantes, si algún enemigo no ha acabado con todos o una epidemia en forma de hongo que aparece en sus cuerpos no los ahoga.

Dos colonias de hormigas de la misma especie no pelean entre sí. Pueden no fraternizar, pero tampoco se atacan; pero si son de diferente variedad y está cerca una colonia de otra, la guerra será inevitable. Las hormigas no ven al enemigo, le sienten y le huelen por las antenas, y con ellas olfatean y llegan a localizarlo.

Todas las colonias tienen larvas sin desarrollar y huevos que sirven de alimento a las jóvenes de la colonia. Aunque, dotadas de un finísimo instinto, para la guerra no se organizan como para su trabajo; lo único que hacen es que cuando la mayoría sale al campo a librar batalla, siempre quedan en el hormiguero fortalezas para defender a las crías en caso de que el enemigo llegue a atacar su hogar. Las fuerzas combatientes las componen solamente las trabajadoras.

Las hormigas no tienen lengua con que comunicarse, pero se entienden perfectamente por el sentido del olfato, que tienen finísimo, y con él también descubren la presencia del enemigo. Entonces, el que ha hecho el descubrimiento se lo avisa a los suyos y toda la colonia se lanza sobre el hormiguero rival para



Reina de las hormigas, tres veces su tamaño natural, y a la que pueden atribuírse muchas de las guerras tenidas por estos animales.

el interior. Los atacados acuden también por miles, y entonces ya el campo de batalla no se limita a las crías, tiende por todos los alrededores. En estas batallas, contra lo que se ha dicho, no hay nada de movimientos militares, ni plan estratégico alguno. Cada guerrero se lanza sobre el que tiene más cerca y no le importa a uno solo arrojarle sobre un grupo de seis o siete. Estos encuentros sólo acaban con la muerte de uno de los combatientes. La victoria es del bando que sobrevive.

Cuando todos los individuos de un ejército han quedado decapitados o partidos por la mitad en el campo de batalla, los victoriosos, si han sido los atacados, penetran en el hormiguero y pronto acaban con la guardia de las reinas, cuyos cuerpos sacan al exterior, y entonces empieza el saqueo del hormiguero, del que sacan huevos y larvas para llevarse al domicilio de los vencedores y almacenarlos para que en los momentos de escasez sirvan de alimento a la colonia. Los combates entre dos hormigas suelen durar mucho tiempo; se interden y hacen presa en las patas o antenas y la lucha se reduce a tirar de ella con fuerza para arrancarla, dando vueltas sin soltar presa y tratando de librarse de las mandíbulas del contrario. La muerte de uno de ellos suele ocurrir casi siempre por la llegada de alguna o algunas otras hormigas que destrazan al combatiente de la raza rival. A veces, una de las hormigas ha estado acertada en el primer bocadito, o



La hormiga roja (derecha) ha conseguido vencer a la negra (izquierda) y darle un terrible mordisco en la cabeza.

destrazar a los adultos y apoderarse de los jóvenes. Estas batallas, que se han presenciado con frecuencia, son terribles, sin cuartel, de un encarnizamiento bárbaro.

Hay dos especies que se odian, se aborrecen y se atacan sin piedad: las hormigas negras de gran tamaño y las rojas, así llamadas éstas por su color castaño y las patas rojizas. Las hormigas que luchan por la defensa de su hormiguero pronto se convierten también en agresoras.

Al principio, la batalla se libra a la entrada del domicilio de una de las colonias, y los sitiadores atacan en masa para poder penetrar y hacer terrible destrozo en el interior. Los atacados acuden también por miles, y entonces ya el campo de batalla no se limita a las crías, tiende por todos los alrededores.

En estas batallas, contra lo que se ha dicho, no hay nada de movimientos militares, ni plan estratégico alguno. Cada guerrero se lanza sobre el que tiene más cerca y no le importa a uno solo arrojarle sobre un grupo de seis o siete. Estos encuentros sólo acaban con la muerte de uno de los combatientes. La victoria es del bando que sobrevive.

Cuando todos los individuos de un ejército han quedado decapitados o partidos por la mitad en el campo de batalla, los victoriosos, si han sido los atacados, penetran en el hormiguero y pronto acaban con la guardia de las reinas, cuyos cuerpos sacan al exterior, y entonces empieza el saqueo del hormiguero, del que sacan huevos y larvas para llevarse al domicilio de los vencedores y almacenarlos para que en los momentos de escasez sirvan de alimento a la colonia. Los combates entre dos hormigas suelen durar mucho tiempo; se interden y hacen presa en las patas o antenas y la lucha se reduce a tirar de ella con fuerza para arrancarla, dando vueltas sin soltar presa y tratando de librarse de las mandíbulas del contrario. La muerte de uno de ellos suele ocurrir casi siempre por la llegada de alguna o algunas otras hormigas que destrazan al combatiente de la raza rival. A veces, una de las hormigas ha estado acertada en el primer bocadito, o

en el curso de la lucha tiene ocasión de decapitar a su enemiga o cortarle de un bocadito el abdomen.

Estas luchas durarán mientras haya hormigas en el campo, como la guerra no desaparecerá de la tierra mientras haya hombres en ella.

\*\*\*

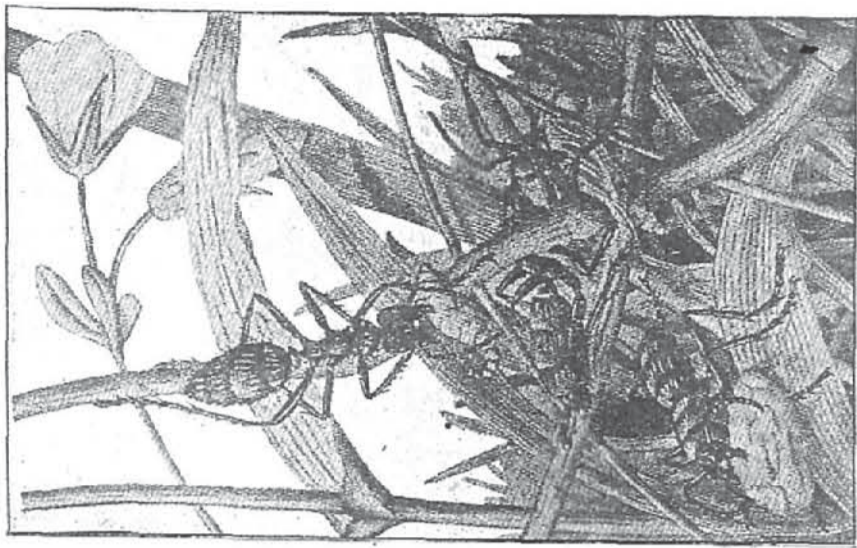
Al naturalista Wheeler se le deben descubrimientos admirables respecto a las costumbres de las hormigas. Investigando en un nido de hormigas "myrcas" encontró una especie pequeña, a la que llamó *Leptothorax emersi*.

Cogió todo el nido y lo vació en otro preparado al efecto que le permitiera observar los hábitos de las nuevas moradoras. Poco después de la instalación, las "myrcas" se pusieron a labrar galerías en la tierra entre las placas de cristal. Las "leptothorax" se instalaron al momento en estas galerías con el consentimiento de las "myrcas".

Cerca de este nido se puso una pequeña provisión de jarabe y de agua. Varias obreras "myrcas", diligentemente se halaron de estos líquidos y fueron a darles a probar a sus compañeras las hormigas de la otra especie. Curiosísimo era el procedimiento empleado por ambas especies para probar los líquidos. Las "myrcas" se lo arrojaban a las otras a la boca desde la suya, en actitudes curiosísimas anulas.

Pero no es éste el único procedimiento empleado por estas diligentes transportadoras para dar a gustar el líquido que guardan. Al mismo tiempo que arrojaba parte del líquido a las "leptothorax" próximas, varias de éstas se subieron sobre la "myrcas" y empezaron a lamerle por todo el cuerpo. A cuya operación la "myrcas" no sólo parecía estar propicia, sino que demostraba ser para ella un placer.

Parece ser que este es el procedimiento que las "leptothorax" emplean para alimentarse. En efecto, Wheeler pudo observar que a pesar de que cerca de las hormigas de esta especie estaban los líquidos, jamás se acercó ninguna a absorber por sí; aguardaba a que la "myrcas" lo hiciera.



Hormigas negras llevando larvas de hormigas rojas y de otros insectos.